

¿Coherencia?

Luis Solari de la Fuente
Congresista de la República

El siglo XX ha dejado algunas herencias que nos pueden ayudar a entender mejor lo que pasa actualmente, como son la velocidad de transmisión de la información o la facilidad para desplazarse grandes distancias en corto tiempo. Sin embargo, si tuviera que escoger cuál considero la más importante y trascendente, escogería la cultura de derechos humanos, pues no sólo se crearon los instrumentos jurídicos para la protección y defensa de la persona humana, sino que apareció una generación defensora de la misma. Además, al combinarse dicha cultura con el crecimiento del acceso a la información, se ha desarrollado una conciencia personal que produce conciencia de desigualdad y de necesidades insatisfechas, proceso que repercute intensamente en el descrédito hacia la política y hacia los partidos que de una u otra forma participaron de la conducción del Perú durante el siglo pasado.

Es a partir de los años cuarenta que comienza a concentrarse territorialmente el aparato productivo y la generación de trabajo, produciéndose la consecuente concentración de las familias y la población. Como el presupuesto público se ha distribuido esencialmente por densidad demográfica, también se concentró en pocos departamentos el gasto público. Es este proceso el que en el siglo pasado ha originado la estructura creadora de pobreza, desigualdad y exclusión, todos eufemismos de injusticia.

Como si fuera poco, simultáneamente se formó una estructura productiva inadecuada para los cambios que se iban sucediendo. Así, mientras que en el año 1961 sólo el 13.2% de la población económicamente activa trabajaba en el sector manufacturero, en el 2002 -40 años después- ese porcentaje bajó por debajo del 10%, demostrándose que quienes partici-

paron de la conducción del país en el siglo XX no fueron capaces de promover desarrollo manufacturero y buen empleo.

Para muestra un botón: de las cerca de 5,000 partidas del ATPDEA, apenas el Perú cubre alrededor de 800, y estamos yendo a un TLC con los EEUU de cerca de 7,000 partidas.

Obsérvese que ese proceso se realizó a lo largo de 60 años, en forma lineal y progresiva, sin que fuese modificado en ningún momento. Alguien podría decir que la responsabilidad de ello es colectiva, otros que corresponde a las "recetas" promovidas por organismos foráneos, otros que es culpa de los técnicos. Personalmente creo que la mayor responsabilidad la tienen las organizaciones y las personas que intervinieron en la conducción del país durante esos años y que profesando ideas defensoras de la persona y sus derechos, no actuaron coherentemente con ellas. Este es el origen del descrédito de la política.

Estamos pues ante una colisión estructural producida entre la estructura generadora de creciente injusticia y la persona humana, sujeta a esa injusticia y conciente, más que nunca, de sus derechos y de la desprotección de los mismos, especialmente de sus derechos sociales.

Si la injusticia en el Perú tiene distribución territorial, por qué la mayor parte de la cooperación internacional administrada por asociaciones privadas sin fines de lucro se dirige incoherentemente hacia Lima, que tiene el nivel más bajo de pobreza, debiendo ir a los departamentos más pobres. O por qué conocidos defensores de los derechos humanos votaron incoherentemente en el Congreso de la República para que éste no investigara la muerte de niños inocentes y su contaminación con VIH-SIDA en un hospital del Estado y sí votaron por

una comisión investigadora sobre el fútbol peruano.

La coherencia entre las ideas que se profesan y los actos, no depende de los astros ni del clima, depende estrictamente de la voluntad personal. La situación en que se encuentra América Latina y el Perú si tiene responsables; por esto es que hay un clamor para renovar la política. La diversidad partidaria no es una tragedia, es un signo de ese proceso renovador al que no debemos temer.

Para quienes profesan ideas que proclaman la supremacía de la persona, la defensa de la vida y la justicia social, será esencial para decidir su voto el examen de la coherencia de candidatos entre el pensamiento que dicen enarbolar y sus actos en lo personal, colectivo o familiar. Por ejemplo, sería incoherente para cualquier candidato recibir apoyo o financiamiento de sectores que profesan ideas antagónicas al ideario de su partido con tal de llegar al poder.

Finalmente debo señalar tres problemas objetivos a los que tenemos que prestar la mayor atención en este momento de proceso electoral. En primer lugar, el financiamiento de las campañas parece haberse concentrado en partidos que actuaron en el siglo pasado y no construyeron justicia social, aunque sus idearios la proclamaban. Segundo, hasta ahora los candidatos y sus partidos sólo han planteado solución a problemas focales y no han dicho cómo van a cambiar la estructura generadora de injusticia; esta exigencia es mayor hacia esos mismos partidos y hacia quienes tienen más tiempo haciendo campaña. Y, tercero, no hay hasta ahora ningún observatorio conocido para detectar dinero negro de poderes fácticos (narcotráfico, macroevasores de impuestos, contrabandistas, lavadores de dinero, corruptores en compras del Estado) en el proceso electoral.

